

## El aljibe

*I am terrified by this dark thing*

*That sleeps in me;*

*All day I feel its soft, feathery turnings, its malignity.*

Sylvia Plath

Josefina recordaba el calor y el hacinamiento dentro del Renault 12 como si el viaje hubiera sucedido apenas unos días atrás y no cuando ella tenía seis años, poco días después de Navidad, bajo el asfixiante sol de enero. Su padre manejaba, casi sin hablar; su madre iba en el asiento de adelante y, en el de atrás, Josefina había quedado atrapada entre su hermana y su abuela Rita, que pelaba mandarinas e inundaba el auto con el olor de la fruta recalentada. Iban de vacaciones a Corrientes, a visitar a los tíos maternos, pero eso era sólo una parte del gran motivo del viaje, que Josefina no podía adivinar. Recordaba que ninguno hablaba mucho; su abuela y su madre llevaban anteojos oscuros y sólo abrían la boca para alertar sobre algún camión que pasaba demasiado cerca del auto, o para pedirle a su padre que disminuyera la velocidad, tensas y alertas a la espera de un accidente.

Tenían miedo. Siempre tenían miedo. En verano, cuando Josefina y Mariela querían bañarse en la Pelopincho, la abuela Rita llenaba la pileta con apenas diez centímetros de agua y vigilaba cada chapoteo sentada en una silla bajo la sombra del limonero del patio, para llegar a tiempo si sus nietas se ahogaban. Josefina recordaba que su madre lloraba y llamaba a médicos y ambulancias de madrugada si ella o su hermana tenían unas líneas de fiebre. O las hacía faltar a la escuela ante un inofensivo catarro. Nunca les daba permiso para dormir en casa de amigas, y apenas las dejaba jugar en la vereda; si lo hacía, podían verla vigilándolas por la ventana, escondida detrás de las cortinas. A veces Mariela lloraba de noche, diciendo que algo se movía debajo de su cama, y nunca podía dormir con la luz apagada. Josefina era la única que nunca tenía miedo, como su padre. Hasta aquel viaje a Corrientes.

Apenas recordaba cuántos días habían pasado en casa de los tíos, ni si habían ido a la Costanera o a caminar por la peatonal. Pero se acordaba perfectamente de la visita a la casa de doña Irene. Ese día el cielo estaba nublado, pero el calor era pesado, como siempre en Corrientes antes de una tormenta. Su padre no las había acompañado; la casa de doña Irene quedaba cerca de la de los tíos, y las cuatro habían ido caminando acompañadas de la tía Clarita. No la llamaban bruja, le decían La Señora; su casa tenía un patio delantero hermoso, un poco demasiado recargado de plantas, y casi en el centro había un aljibe pintado de blanco; cuando Josefina lo vio se soltó de la mano de su abuela y corrió ignorando los aullidos de pánico, para verlo de cerca y asomarse al pozo. No pudieron detenerla antes de que viera el fondo y el agua estancada en lo profundo.

Su madre le dio un cachetazo que la habría hecho llorar si Josefina no hubiera estado acostumbrada a esos golpes nerviosos que terminaban en llantos y abrazos y “mi nenita, mi nenita, mirá si te pasa algo”. Algo como qué, había pensado Josefina. Si ella

nunca había pensado en tirarse. Si nadie iba a empujarla. Si ella sólo quería ver si el agua reflejaba su cara, como siempre sucedía en los aljibes de los cuentos, su cara como una luna con cabello rubio en el agua negra.

Josefina la había pasado bien esa tarde en casa de La Señora. Su madre, su abuela y su hermana, sentadas sobre banquetas, habían dejado que Josefina curioseara las ofrendas y chucherías que se amontaban frente a un altar; la tía Clarita, respetuosa, esperaba mientras tanto en el patio, fumando. La Señora hablaba, o rezaba, pero Josefina no podía recordar nada extraño, ni cánticos, ni humaredas, ni siquiera que tocara con las manos a su familia. Solamente les susurraba lo suficientemente bajo como para que ella no pudiera escuchar lo que decía, pero no le importaba: sobre el altar descubría escarpines de bebé, ramos de flores y ramas secas, fotografías en color y blanco negro, cruces decoradas con lazos rojos, estampitas de santos, muchos rosarios –de plástico, de madera, de metal plateado– y la fea figura del santo al que su abuela le rezaba, San La Muerte, un esqueleto con su guadaña, repetida en diferentes tamaños y materiales, algunas veces tosco, otras tallado al detalle, con los huecos de los globos oculares negríssimos y la sonrisa amplia.

Al rato, Josefina se aburríó y La Señora le dijo: “Chiquita, por qué no te acostás en el sillón, andá”. Ella lo hizo y se durmió al instante, sentada. Cuando despertó, ya era de noche y la tía Clarita se había cansado de esperar. Tuvieron que volver caminando solas. Josefina se acordaba que, antes de salir, había tratado de volver a mirar dentro del aljibe, pero no se había animado. Estaba oscuro y la pintura blanca brillaba como los huesos de San La Muerte; era la primera vez que sentía miedo. Volvieron a Buenos Aires pocos días después. La primera noche en casa, Josefina no había podido dormir cuando Mariela apagó el velador.

\*\*\*\*\*

Mariela dormía tranquilamente en la camita de enfrente, y ahora el velador estaba en la mesa de luz de Josefina, que recién tenía sueño cuando las agujas fosforescentes del reloj de Hello Kitty marcaban las tres o las cuatro de la madrugada. Mariela se abrazaba a un muñeco y Josefina veía que los ojos de plástico brillaban humanos en la semioscuridad. O escuchaba cantar un gallo en plena noche y recordaba –pero ¿quién se lo había dicho?– que ese canto, a esa hora, era señal de que alguien iba a morir. Y debía ser ella, así que se tomaba el pulso –había aprendido a hacerlo viendo a su madre, que siempre les controlaba la frecuencia de los latidos cuando tenían fiebre–. Si eran demasiado rápidos, tenía tanto miedo que ni siquiera se atrevía a llamar a sus padres para que la salvaran. Si eran lentos, se apoyaba la mano en el pecho para controlar que el corazón no se detuviera. A veces se dormía contando, atenta al minuterio. Una noche había descubierto que la mancha de revoque en el techo, justo sobre su cama –el arreglo de una gotera– tenía forma de rostro con cuernos, la cara del diablo. Eso sí se lo había dicho a Mariela; pero su hermana, riéndose, dijo que las manchas eran como las nubes, que se podían ver distintas formas si uno las miraba demasiado. Y que ella no veía ningún diablo, le parecía un pájaro sobre dos patas. Otra noche había escuchado el relincho de un caballo o un burro... pero las manos le empezaron a transpirar cuando pensó que debía ser el Alma Mula, el espíritu de una muerta que transformado en mula no podía descansar y salía a trotar de noche. Eso se lo había contado a su padre; él le besó la cabeza, dijo

que eran pavadas y a la tarde lo había escuchado gritarle a su madre: “¡Que tu vieja deje de contarle pelotudeces a la nena! ¡No quiero que le llene la cabeza, ignorante supersticiosa de mierda!”. La abuela negaba haberle contado nada, y no mentía. Josefina no tenía idea de dónde había sacado esas cosas, pero sentía que las sabía, como sabía que no podía acercar la mano a una hornalla encendida sin quemarse, o que en otoño tenía que ponerse un saquito sobre la remera porque de noche refrescaba.

Años después, sentada frente a uno de sus tantos psicólogos, había tratado de explicarse y racionalizar cada miedo: lo que Mariela había dicho del revoque podía ser cierto, a lo mejor le había escuchado contar esas historias a la abuela porque eran parte de la mitología correntina, a lo mejor un vecino del barrio tenía un gallinero, a lo mejor la mula era de los botelleros que vivían a la vuelta. Pero no creía en la explicaciones. Su madre solía ir a las sesiones y explicaba que ella y su madre eran “ansiosas” y “fóbicas”, que por cierto podían haberle contagiado esos miedos a Josefina; pero se estaban recuperando, y Mariela había dejado de sufrir terrores nocturnos, así que “lo de Jose” sería cuestión de tiempo.

Pero el tiempo fueron años, y Josefina odiaba a su padre porque un día se había ido dejándola sola con esas mujeres que ahora, después de años de encierro, planeaban vacaciones y salidas de fin de semana mientras ella se mareaba cuando llegaba a la puerta; odiaba haber tenido que dejar la escuela y que su madre la acompañara a rendir los exámenes cada fin de año; odiaba que los únicos chicos que visitaban su casa fueran amigos de Mariela; odiaba que hablaran de “lo de Jose” en voz baja, y sobre todo odiaba pasarse días en su habitación leyendo cuentos que de noche se transformaban en pesadillas. Había leído la historia de Anahí y la flor del ceibo, y en sueños se le había aparecido una mujer envuelta en llamas; había leído sobre el urataú, y ahora antes de dormirse escuchaba al pájaro, que en realidad era una chica muerta, llorando cerca de su ventana. No podía ir a La Boca porque le parecía que debajo de la superficie del riachuelo negro había cuerpos sumergidos que seguro intentarían salir cuando ella estuviera cerca de la orilla. Nunca dormía con una pierna destapada porque esperaba la mano fría que la rozara. Cuando su madre tenía que salir, la dejaba con la abuela Rita; y si se retrasaba más de media hora, Josefina vomitaba porque la tardanza sólo podía significar que se había muerto en un accidente. Pasaba corriendo frente al retrato del abuelo muerto al que jamás había conocido porque podía sentir cómo la seguían sus ojos negros, y nunca se acercaba al cuarto donde estaba el viejo piano de su madre porque sabía que cuando nadie lo tocaba, se ocupaba de hacerlo el diablo.

\*\*\*\*\*

Desde el sillón, con el pelo tan grasoso que parecía siempre húmedo, veía pasar el mundo que se estaba perdiendo. Ni siquiera había ido al cumpleaños de quince de su hermana, y sabía que Mariela se lo agradecía. Iba de un psiquiatra a otro desde hacía tiempo, y ciertas pastillas le habían permitido empezar la secundaria, pero sólo hasta tercer año, cuando había descubierto que en los pasillos del colegio se escuchaban otras voces bajo el murmullo de los chicos que planeaban fiestas y borracheras; cuando desde adentro del baño, mientras hacía pis, había visto pies descalzos caminando por los azulejos y una compañera le dijo que debía ser la monja suicida

que años atrás se había colgado del mástil. Fue inútil que su madre y la directora y la psicopedagoga le dijeran que ninguna monja se había matado jamás en el patio; Josefina ya tenía pesadillas sobre el Sagrado Corazón de Jesús, sobre el pecho abierto de Cristo que en sueños sangraba y le empapaba la cara, sobre Lázaro, pálido y podrido levantándose de una tumba entre las rocas, sobre ángeles que querían violarla.

Así que se había quedado en casa, y de vuelta a rendir materias cada fin de año con certificado médico. Y mientras tanto Mariela volvía de madrugada en autos que frenaban en la puerta, y se escuchaban los gritos de los chicos al final de una noche de aventuras que Josefina ni siquiera podía imaginar. Envidiaba a Mariela incluso cuando su madre le gritaba porque la cuenta del teléfono era impagable; si sólo ella hubiera tenido alguien con quién hablar. Porque no le servía el grupo de terapia, todos esos chicos con problemas reales, con padres ausentes o infancias llenas de violencia que hablaban de drogas y sexo y anorexia y desamor. Y sin embargo seguía yendo, siempre en taxi, de ida y de vuelta –y el taxista tenía que ser siempre el mismo, y esperarla en la puerta, porque se mareaba y los latidos de su corazón no la dejaban respirar si se quedaba sola en la calle. No había subido a un colectivo desde aquel viaje a Corrientes y la única vez que había estado en el subterráneo gritó hasta quedarse afónica, y su madre tuvo que bajarse en la estación siguiente; ésa vez la había zamarreado y arrastrado por las escaleras, pero a Josefina no le importó porque tenía que salir de cualquier manera de ese encierro, ese ruido, esa oscuridad serpenteante.

\*\*\*\*\*

Las pastillas nuevas, celestes, casi experimentales, relucientes como recién salidas del laboratorio, eran fáciles de tragar y en apenas un rato lograban que la vereda no pareciera un campo minado; hasta la hacían dormir sin sueños que pudiera recordar, y cuando apagó el velador una noche, no sintió que las sábanas se enfriaban como una tumba. Seguía teniendo miedo, pero podía ir al kiosko sola sin la seguridad de morir en el trayecto. Mariela parecía más entusiasmada que ella. Le propuso salir juntas a tomar un café, y Josefina se atrevió –en taxi ida y vuelta, eso sí–; esa tarde había podido hablar como nunca con su hermana, y se sorprendió planeando ir al cine (Mariela prometió salir en mitad de la película si hacía falta) y hasta confesando que a lo mejor tenía ganas de ir a la facultad, si en las aulas no había demasiada gente y las ventanas o puertas le quedaban cerca. Mariela la abrazó sin vergüenza, y al hacerlo tiró una de las tazas de café al piso, que se partió justo a la mitad. El mozo juntó los restos sonriente, y cómo no, si Mariela era hermosa con sus mechones de pelo rubio sobre la cara, los labios gruesos siempre húmedos y los ojos apenas delineados de negro para que el verde del iris hipnotizara a los que la miraban.

Salieron varias veces más a tomar café –lo del cine nunca pudo concretarse– y una de esas tardes, Mariela le trajo los programas de varias carreras que podían gustarle a Josefina –Antropología, Sociología, Letras–. Pero parecía inquieta, y ya no con el nerviosismo de las primeras salidas, cuando debía estar preparada para llamar de urgencia a un taxi –o a una ambulancia, en el peor de los casos– para llevar a Josefina

de vuelta a casa o a la guardia de un hospital. Acomodó los mechones de largo pelo rubio detrás de las orejas y encendió un cigarrillo.

–Jose– le dijo. –Hay una cosa.

–¿Qué?

–¿Te acordás cuando viajamos a Corrientes? Vos tendrías seis años, yo ocho...

–Sí

–Buen, ¿te acordás que fuimos a una bruja? Mamá y la abuela fueron porque ellas eran como vos, así, tenían miedo todo el tiempo, y se fueron a curar.

Josefina ahora la escuchaba atentamente. El corazón le latía muy rápido, pero respiró hondo, se secó las manos en los pantalones y trató de concentrarse en lo que decía su hermana, como le había recomendado su psiquiatra (“Cuando viene el miedo”, le había dicho, “prestale atención a otra cosa. Cualquier cosa. Fijate qué está leyendo la persona que tenés al lado. Leé los carteles de las publicidades, o contá cuántos autos rojos pasan por la calle”).

–Y yo me acuerdo que la bruja dijo que podían volver si les pasaba otra vez. A lo mejor podrías ir. Ahora que estás mejor. Yo sé que es una locura, parezco la abuela con sus boludeces de la provincia, pero a ellas se les pasó ¿o no?

–Mariel, yo no puedo viajar. Vos sabés que no puedo.

–¿Y si yo te acompaño? Me la banco, en serio. Lo planeamos bien.

–No me animo. No puedo.

–Buen. Si te animás, pensalo, qué se yo. Yo te ayudo en serio.

\*\*\*\*\*

La mañana que intentó salir de la casa para ir a anotarse en la facultad, Josefina descubrió que el trayecto de la puerta al taxi le resultaba infranqueable. Antes de poner un pie en la vereda le temblaban las rodillas, y ya lloraba. Hacía varios días que notaba un estancamiento y hasta un retroceso en el efecto de las pastillas; había vuelto esa imposibilidad de llenar los pulmones, o mejor, esa atención obsesiva que le prestaba a cada inspiración, como si tuviera que controlar la entrada de aire para que el mecanismo funcionara, como si se estuviera dándose respiración boca a boca para mantenerse viva. Otra vez se paralizaba ante el menor cambio de lugar de los objetos de su habitación, otra vez tenía que encender ya no sólo la luz del velador, sino el televisor y la lámpara de techo para dormir, porque no soportaba ni una sola sombra. Esperaba cada síntoma, los reconocía; pero por primera sentía algo por debajo de la resignación y la desesperación. Estaba enojada. También estaba agotada, pero no quería volver a la cama a tratar de controlar los temblores y la taquicardia, ni arrastrarse hasta el sillón en pijama para pensar en el resto de su vida, en un futuro de

hospital psiquiátrico o enfermeras privadas –porque no podía recurrir al suicidio, ¡si tenía tanto miedo de morirse!

En cambio, empezó a pensar en Corrientes y la Señora. Y en cómo era la vida en su casa antes del viaje. Recordó a su abuela llorando en cucullas al lado de la cama, rezando para que parara la tormenta, porque le tenía miedo a los rayos, a los truenos, a los relámpagos, incluso a la lluvia. Recordó que su madre miraba por la ventana con ojos desorbitados cada vez que se inundaba la calle, y cómo gritaba que se iban a ahogar todos si no bajaba el agua. Recordó que Mariela nunca quería ir a jugar con los hijos de los vecinos, ni siquiera cuando la venían a buscar, y se abrazaba a sus muñecos como si temiera que se los robaran. Se acordó de que su padre llevaba a su madre una vez por semana al psiquiatra, y que ella siempre volvía semidormida, directo a la cama. Y hasta se acordó de doña Carmen, que se encargaba de hacerle los mandados y cobrarle la jubilación a su abuela, que no quería –no podía, ahora Josefina lo sabía– salir de la casa. Doña María llevaba diez años muerta, dos más que su abuela, y después del viaje a Corrientes sólo visitaba para tomar el té, porque todos los encierros y terrores se habían terminado. Para ellas. Porque para Josefina, recién empezaban.

¿Qué había pasado en Corrientes? ¿La Señora se había olvidado de “curarla” a ella? Pero, si no tenía que curarla de nada, si Josefina no tenía miedo. Pero entonces, si poco después había empezado a padecer lo mismo que las otras, ¿por qué no la habían llevado con La Señora? ¿Porque no la querían? ¿Y si Mariela se equivocaba? Josefina empezó a comprender que el enojo era el límite, que si no se aferraba al enojo y lo dejaba llevarla hasta un micro de larga distancia, hasta La Señora, nunca podría salir de ese encierro, y que valía la pena morir intentándolo.

Esperó a Mariela despierta una madrugada, y le hizo un café para despejarla.

–Mariel, vamos. Me animo.

–¿Adónde?

Josefino tuvo miedo de que su hermana retrocediera, retirara el ofrecimiento, pero se dio cuenta que no le entendía sólo porque estaba bastante borracha.

–A Corrientes, a ver a la bruja.

Mariela la miró completamente lúcida de golpe.

–¿Estás segura?

–Ya lo pensé, tomo muchas pastillas y duermo todo el camino. Si me pongo mal... me das más. No hacen nada. Como mucho, dormiré un montón

\*\*\*\*\*

Josefina subió casi dormida al micro; lo esperó al lado de su hermana en un banco, roncando con la cabeza apoyada sobre el bolso. Mariela se había asustado cuando la vio tomar cinco pastillas con un trago de Seven-Up, pero no le dijo nada. Y funcionó,

porque Josefina despertó recién en la terminal de Corrientes, con la boca llena de sabor ácido y dolor de cabeza. Su hermana la abrazó durante todo el viaje en taxi hasta la casa de los tíos, y Josefina intentó no partirse los dientes de tanto rechinarlos. Se fue directo a la pieza de la tía Clarita, que las esperaba, y no aceptó comida ni bebida ni visitas de parientes; apenas podía abrir la boca para tragar las pastillas, le dolían las mandíbulas y no podía olvidar la ráfaga de odio y pánico en los ojos de su madre cuando le dijo que se iba a buscar a la bruja, ni cómo le había dicho: "Sabés bien que es al pedo" con tono triunfal. Mariela le había gritado "yegua hija de puta", y no quiso escuchar ninguna explicación; encerrada en la habitación con Josefina, se quedó toda la noche despierta sin hablar, fumando, eligiendo remeras y pantalones frescos para el calor de Corrientes. Cuando salieron para la terminal Josefina ya estaba drogada, pero bastante consciente como para notar que su madre no había salido de su pieza para despedirlas.

La tía Clarita les dijo que La Señora seguía viviendo en el mismo lugar, pero estaba muy vieja y ya no atendía a la gente. Mariela insistió: sólo para verla habían venido a Corrientes, y no se iban a ir hasta que las recibiera. En los ojos de Clarita asomaba el mismo miedo que en el de su madre, se dio cuenta Josefina. Y también supo que no las iba a acompañar, así que apretó el brazo de Mariela para interrumpir sus gritos ("¡Pero qué mierda te pasa, por qué vos tampoco la querés ayudar, no ves cómo está!") y le susurró: "Vamos solas". En las tres cuadras hasta la casa de La Señora, que le parecieron kilómetros, Josefina pensó en ese "¡no ves como está!" y se enojó con su hermana. Ella también podría ser linda si no se le cayera el pelo, si no tuviera esas aureolas sobre la frente que dejaban ver el cuero cabelludo; podría tener esas piernas largas y fuertes si fuera capaz de caminar al menos una vuelta manzana; sabría cómo maquillarse si tuviera para qué y para quién; sus manos serían bellas si no se comiera las uñas hasta la cutícula; su piel sería dorada como la de Mariela si el sol la tocara más seguido. Y no tendría los ojos siempre enrojecidos y las ojeras si pudiera dormir o distraerse con algo más que la televisión o Internet.

Mariela tuvo que aplaudir en el patio de La Señora para que abriera la puerta, porque la casa no tenía timbre. Josefina miró el jardín, ahora muy descuidado, las rosas muertas de calor, las azucenas exangües, las plantas de ruda por todas partes, crecidas hasta alturas insólitas. La Señora apareció en el umbral cuando Josefina localizó el aljibe, casi oculto entre pastos, la pintura blanca tan descascarada que era posible ver los ladrillos rojos debajo.

La Señora las reconoció enseguida, y las hizo pasar. Como si las esperara. El altar seguía en pie, pero tenía el triple de ofrendas, y un San La Muerte enorme, del tamaño de un crucifijo de iglesia; dentro de los ojos huecos brillaban lucecitas intermitentes, seguramente de una guirnalda eléctrica navideña. Quiso sentar a Josefina en el mismo sillón donde se había dormido casi veinte años atrás, pero tuvo que correr a buscar un balde, porque habían empezado las arcadas; Josefina vomitó fluidos intestinales y sintió que el corazón le obturaba la garganta, pero La Señora le puso una mano en la frente.

—Respirá hondo, criatura, respírale.

Josefina le hizo caso, y por primera vez en muchos años volvió a sentir el alivio de los pulmones llenos de aire, libres, ya no atrapados detrás de las costillas. Tuvo ganas de llorar, de agradecerle; tuvo la seguridad de que La Señora la estaba curando. Pero cuando levantó la cabeza para mirarla a los ojos, tratando de sonreír con los dientes apretados, vio pena y arrepentimiento en La Señora.

–Nena, no hay nada que hacerle. Cuando te trajeron acá, ya estaba listo. Le tuve que tirar al aljibe. Yo sabía que los santitos no me lo iban a perdonar, que Añá te iba a traer de vuelta.

Josefina negó con la cabeza. Se sentía bien. ¿Qué quería decirle? ¿Estaría de verdad vieja y ya loca, como había dicho la tía Clarita? Pero La Señora se levantó suspirando, se acercó al altar y trajo de vuelta una foto vieja. La reconoció: su madre y su abuela, sentadas en un sillón, y entre ellas Mariela a la derecha y un hueco a la izquierda, donde debía estar Josefina.

–Me dieron una pena, una pena. Las tres con malos pensamientos, con carne de gallina, con un daño de muchos años. Yo me sobresaltaba de mirarlas nomás, eructaba, no les podía sacar de adentro los males.

–¿Qué males?

–Males viejos, nena, males que no se pueden decir –La Señora se santiguó. –Ni el Cristo de las Dos Luces podía con eso, no. Era viejo. Muy atacadas estaban. Pero vos nena no estabas. No estabas atacada. No sé por qué.

–¿Atacada de qué?

–¡Males! No se pueden decir –La Señora se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio, y cerró los ojos. –Yo no podía sacarles lo podrido y meterlo adentro mío porque no tengo esa fuerza, y no la tiene nadie. No podía fluidar, no podía limpiar. Podía nomás pasarlos, y los pasé. Te los pasé a vos, nena, cuando dormías acá. El Santito decía que no te iba a atacar tanto, porque estabas pura vos. Pero el Santito me mintió, o yo no le entendí. Ellas te los querían pasar, que te iban a cuidar decían. Pero no te cuidaron. Y yo le tuve que tirar. A la foto, la tiré al aljibe. Pero no se puede sacar. No te los puedo sacar nunca porque los males están en la foto tuya en el agua, y ya se habrá pudrido la foto. Ahí quedaron en la foto tuya, pegados a vos.

La Señora se tapó la cara con las manos. Josefina creyó ver que Mariela lloraba, pero no le prestó atención porque trataba de entender.

–Se quisieron salvar ellas, nena. Ésta también –Y señaló a Mariela –Era chica pero era bicha, ya.

Josefina se levantó con el resto de aire que le quedaba en los pulmones, con la nueva fuerza que le endurecía las piernas. No iba a durar mucho, estaba segura, pero por favor que fuera suficiente, suficiente para correr hasta el aljibe y arrojarle al agua de lluvia y ojalá que no tuviera fondo, ahogarse ahí con la foto y la traición. La Señora y Mariela no la siguieron, y Josefina corrió todo lo que pudo pero cuando alcanzó los bordes del aljibe las manos húmedas resbalaron, las rodillas se agarrotaron y no pudo, no pudo trepar, y apenas alcanzó a ver el reflejo de su cara en el agua antes de caer

sentada entre los pastos crecidos, llorando, ahogada, porque tenía mucho mucho miedo de saltar.

## Fin de curso

Cuando Marcela volvió al colegio, había pasado de chica ignorada a chica famosa. Algunas le tenían miedo, otras quisieron hacerse amigas. Pero la narradora de este relato tenso y escalofriante se acercó demasiado.

Nunca le habíamos prestado demasiado atención porque era una de esas chicas que hablan poco, que no parecen demasiado inteligentes ni demasiado tontas, y que tienen ese tipo de caras olvidables, esas caras que, aunque una las vea todos los días en el mismo lugar, es posible que no las reconozca en un ámbito distinto y, mucho menos, pueda ponerles un nombre. Lo único que la diferenciaba era que se vestía mal, feo, pero no solamente eso: la ropa que usaba parecía elegida para ocultar su cuerpo. Dos o tres tallas más grande, camisas cerradas hasta el último botón, pantalones que no dejaban adivinar sus formas. Sólo la ropa hacía que nos fijáramos en ella, apenas para comentar su mal gusto o dictaminar que se vestía como una vieja. Se llamaba Marcela. Podía haberse llamado Mónica, Laura, María José, Patricia, cualquiera de esos nombres olvidables, intercambiables, que suelen tener las chicas en las que nadie se fija. Era mala alumna, pero rara vez recibía la desaprobación de los profesores. Faltaba mucho, pero nadie comentaba su ausencia. No sabíamos si tenía plata, de qué trabajaban los padres, en qué barrio vivía.

No nos importaba.

Hasta que, en la clase de Historia, alguien dio un pequeño grito asqueado ¿Fue Guada? Parecía la voz de Guada, que además se sentaba cerca. Mientras la profesora explicaba la batalla de Caseros, Marcela se arrancó las uñas de la mano izquierda. Con los dientes. Como si fueran uñas postizas. Los dedos sangraban pero ella no demostraba ningún dolor. Algunas chicas vomitaron. La de Historia llamó a la preceptora, que se llevó a Marcela; faltó durante una semana, y nadie nos explicó nada. Cuando Marcela volvió, había pasado de chica ignorada a chica famosa. Algunas le tenían miedo, otras querían hacerse amigas. Lo que había hecho era lo más extraño que nosotras hubiéramos visto. Algunos padres querían llamar a una reunión, para tratar el caso, porque no estaban seguros de que fuera recomendable que nosotras siguiéramos en contacto con una chica “desequilibrada”. Pero lo arreglaron de alguna manera. Faltaba poco para que se terminara el año: para que termináramos la secundaria. Los padres de Marcela aseguraron que ella estaría bien, que ya tomaba medicación, que estaba contenida. Los otros padres les creyeron. Los míos apenas prestaron atención: lo único que les importaba eran mis notas, y yo seguía siendo la mejor alumna, como cada año.

Marcela estuvo bien durante un tiempo. Volvió con los dedos vendados, al principio con gasa blanca, después con curitas. No parecía recordar el episodio de las uñas arrancadas. No se hizo amiga de las chicas que se le acercaron. En el baño, las pocas que querían ser amigas de Marcela nos contaban que no se podía, que ella no hablaba, que las escuchaba pero nunca respondía, y se las quedaba mirando tan fijo que, al final, también les dio miedo.

Fue en el baño, justamente, donde todo empezó de verdad. Marcela estaba mirándose fijamente al espejo, en la única parte donde realmente podía hacerlo, porque el resto estaba descascarado, sucio, o tenía declaraciones de amor imbéciles, o insultos de alguna pelea entre dos chicas rabiosas escritas con fibra o lápiz labial. Yo estaba con mi amiga Agustina: tratábamos de resolver una discusión que habíamos tenido más temprano. Parecía una discusión importante. Hasta que Marcela sacó de algún lado (el bolsillo, probablemente), una gillete. Con rapidez exacta se cortó un prolijo tajo en la mejilla. La sangre tardó en brotar, pero cuando lo hizo fue casi a chorros, y le empapó el cuello y la camisa abotonada, como de monja, o de prolijo varón.

Ninguna de las dos hizo nada. Marcela se seguía mirando al espejo, estudiando la herida, sin un gesto de dolor. Eso fue lo que más me impresionó: no le había dolido, estaba claro, ni siquiera había fruncido el ceño, o cerrado los ojos. Recién reaccionamos cuando una chica que estaba haciendo pis abrió la puerta y dio un pequeño grito y trató de detener la sangre con un pañuelo. Mi amiga parecía a punto de llorar. Yo miraba y me temblaban las rodillas: la sonrisa de Marcela, que seguía mirándose mientras se apretaba la cara con el pañuelo, era hermosa. Su cara era hermosa. Le ofrecí a Marcela acompañarla hasta su casa, o hasta una salita para que la cosieran o algo. Ella pareció reaccionar y dijo que no con la cabeza, que se tomaba un taxi. Le preguntamos si tenía plata. Dijo que sí y volvió a sonreír. Una sonrisa que podía enamorar a cualquiera. Durante una semana faltó otra vez. La escuela entera sabía del incidente: no se hablaba de otra cosa. Cuando volvió, todos trataban de no mirar la venda que le cubría mitad de la cara, y nadie lo conseguía.

Ahora yo trataba de sentarme cerca de ella en las clases. Lo único que quería era que me hablara, que me explicara. Quería visitarla en su casa. Quería saber todo. Alguien me había dicho que se hablaba de internarla. Me imaginaba el hospital con una fuente en el patio, no me imaginaba un instituto para enfermos mentales sórdido y sucio y triste, me imaginaba una hermosa clínica llena de mujeres con la mirada perdida. Sentada a su lado vi, como todos los demás pero de cerca, lo que le estaba pasando. Todas lo veíamos, asustadas, maravilladas. Empezó con sus temblores, que no eran tanto temblores como sobresaltos. Sacudía las manos en el aire como si espantara algo invisible, o como si intentara que algo no la golpeará. Más adelante empezó a taparse los ojos mientras decía que no con la cabeza. Los profesores lo veían pero trataban de ignorarlo. Nosotras también. Era fascinante. Ella se derrumbaba en público sin pudores y a nosotras nos daba vergüenza.

Empezó a arrancarse el pelo poco después, el de la parte de delante de la cabeza. Se iban formando mechones enteros, de a poco, sobre su banco, montoncitos de pelo lacio y rubio. A la semana empezó a adivinarse el cuero cabelludo, rosado y brillante.

Yo estaba sentada a su lado el día que salió corriendo de una clase. Todos la miraron irse pero yo por algún motivo la seguí. Al rato noté que detrás mío venía mi amiga Agustina y la que la había auxiliado en el baño la otra vez, que a esta altura sabíamos que se llamaba Tere, y era del otro quinto. A lo mejor nos sentíamos responsables. Creo que en realidad queríamos ver qué iba a hacer, cómo iba a terminar todo esto.

La encontramos en el baño otra vez, que estaba vacío. Gritaba y lloraba como en un berrinche infantil. La venda se le había caído y pudimos ver los puntos de la herida.

Señalaba uno de los inodoros y gritaba “andate dejame andate basta”. Había algo en el ambiente, demasiada luz y el aire apestaba más de lo habitual a sangre, pis y desinfectante. Yo le hablé.

–¿Qué pasa, Marcela?

–¿No lo ves?

–¿A quién?

–A él. ¡A él! ¡Ahí en el inodoro, no lo ves!

Me miraba ansiosa y asustada, pero no desorientada: estaba viendo algo. Pero no había nada sobre el inodoro, salvo la tapa destartada y la cadena, que estaba demasiado quieta, anormalmente quieta.

–No no veo nada, no hay nada –le dije.

Desconcertada por un momento, me agarró del brazo. Nunca antes me había tocado. Miré su mano: todavía no le habían crecido las uñas, o a lo mejor se comía lo poco que crecía. Se veían sólo las cutículas, ensangrentadas.

–¿No? ¿No? –y mirando el inodoro otra vez–, sí que está. Está ahí. Háblale decile algo.

Por un momento tuve miedo de que la cadena empezara a balancearse de izquierda a derecha como un péndulo del infierno, pero seguía quieta. Marcela parecía escuchar, mirando atentamente el inodoro. Noté que casi no le quedaban pestañas, tampoco. Se las había estado arrancando. Pronto empezaría con las cejas, imaginé.

–¿No lo escuchás?

–No.

–¡Pero te dijo algo!

–Qué dijo, contame

En este punto, Agustina se metió en la conversación diciéndome que dejara en paz a Marcela, preguntándome si estaba loca, no ves que no hay nada, no le sigas el juego, me da miedo llamemos a alguien. Pero fue interrumpida por Marcela que le aulló CALLATE PUTA DE MIERDA. Tere murmuró que era too much –Tere era bastante cheta– y se fue a buscar al alguien. Yo traté de controlar la situación.

–No les des bola a estas pelotudas, Marcela, ¿qué dice?

–Que no se va a ir. Que es de verdad. Que me va a seguir obligando a hacer cosas. Que no le puedo decir que no.

–¿Cómo es?

–Es un hombre pero tiene un vestido de comunión. Tiene los brazos para atrás. Siempre se ríe. Parece chino pero es enano. Tiene el pelo engominado. Y me obliga.

–¿Te obliga a qué?

Cuando Tere llegó con una profesora más o menos piola a la que había convencido de entrar al baño (después nos dijo que en la puerta se habían juntado como diez personas, que escuchaban todo haciéndose shhh entre ellos), Marcela estaba a punto de mostrarnos qué la obligaba a hacer el engominado. Pero la aparición de la profesora la confundió. Se sentó en el piso, con los ojos sin pestañas que no parpadeaban mientras decía que no.

Marcela nunca volvió a la escuela.

Pero yo decidí visitarla. No fue difícil conseguir su dirección. Aunque su casa quedaba en un barrio al que nunca había ido, me resultó fácil llegar. Toqué el timbre temblando: en el colectivo había preparado la explicación de mi visita que iba a darle a sus padres, pero ahora me parecía estúpida, ridícula.

Me quedé muda cuando Marcela abrió la puerta, no solamente por la sorpresa de que atendiera –la había imaginado en cama, drogada– sino porque se la veía muy distinta, con una gorra de lana que le cubría la cabeza seguramente ya casi pelada, un jean y un pullover de tamaño normal. Salvo por las pestañas, que no habían crecido, parecía una chica normal.

No me invitó a pasar. Cerró la puerta y quedamos las dos en la calle. Hacía frío, pero a ella no le importaba.

–No tendrías que haber venido –me dijo.

–Quiero saber.

–¿Qué querés saber? No vuelvo más a la escuela, se terminó, olvidate de todo.

–Quiero saber qué te obliga a hacer él.

Marcela me miró y olfateó el aire a mi alrededor. Después desvió los ojos hacia la ventana. Las cortinas se habían movido apenas. Volvió a entrar a su casa, y antes de cerrar de un portazo, dijo:

–Ya te vas a enterar. Él mismo te lo va contar algún día. Te lo va a pedir, creo. Pronto.

A la vuelta, sentada en el colectivo, sentí cómo palpitaba la herida que me había hecho en el muslo con una trincheta, bajo las sábanas, la noche anterior. No dolía. Me masajeeé la pierna con suavidad pero con la suficiente fuerza como para que la sangre, al brotar, dibujara un fino trazo húmedo sobre mis jeans celestes.

## Quando hablábamos con los muertos

### *El cuento por su autor*

La escena de miedo de este cuento es real.

Al menos fue real, para mí, durante mucho tiempo. La creí, a eso me refiero. La creí con escalofrío y fe, porque me la contó una de mis mejores amigas de entonces –la primera adolescencia: ahora no sé dónde está ella, mi amiga, ni siquiera sé si esta viva– y era imposible pensar que mentía. No era mentirosa. La escena –que van a leer, con suerte, y por eso no voy a reproducir acá– ocurrió un verano en las afueras de La Plata, creo que por Los Hornos, un barrio entre precario y en perpetua construcción (en aquel momento, hace veinte años), de casas endebles pero todas con patio, todas con pileta, todas con pasto en la vereda, todas hermosas para pasar los días y las noches de calor.

En esa época, y durante muchos años después, mis amigas y yo –algunos amigos también: muchos menos– jugábamos constantemente al juego de la copa. Un poco borrachas, todas las noches sacábamos la tabla ouija comprada en el kiosco –venía con fascículos que no recuerdo cómo se llamaban, Lo Inexplicable probablemente– y la cubríamos de talco y poníamos la copa, y así se pasaba la noche entera. Era mejor que cualquier droga, el tiempo se detenía, los dedos se nos congelaban, la copa se movía, vivíamos aterradas y felices, a veces jugábamos a encender una vela en el baño, frente al espejo, a la medianoche, para ver reflejada nuestra lápida. Estábamos verdadera y profundamente encantadas con la muerte.

“Quando hablábamos con los muertos” fue, al principio, un intento de escribir sobre esos años. Pero no tomó forma hasta que, durante, una cena, una amiga me habló de su propia experiencia con la ouija. Ella jugaba en una quinta del conurbano oeste. Se juntaba con otras amigas, todas con algún padre, o padre y madre, desaparecidos en la dictadura militar. Me contó que trataban de contactarse con ellos, preguntarles obsesivamente dónde estaban sus cuerpos. No me contó mucho más y toda la charla tuvo algo de confesión. No sé detalles de esas noches: no me los dio. Me acuerdo que la acompañé a buscar su coche a un estacionamiento y me acercó hasta una parada de colectivo después de la cena. Y no volví a verla. O quizá sí, en una reunión o en una fiesta o en la calle de casualidad, pero, como amiga, no volví a verla más.

Tenía todo esto entre los dedos cuando empecé a escribir y a partir de ahí no quise pensar más y sencillamente escribí el cuento; no quise enmarcarlo, teorizarlo, analizarlo: dejé que las chicas jugaran. Ellas sabían perfectamente qué hacer, probablemente mucho más que yo.

Empezamos con la copa en casa de la Polaca, encerradas en su pieza. Teníamos que hacerlo en secreto porque Mara, la hermana de la Polaca, le tenía miedo a los fantasmas y a los espíritus, le tenía miedo a todo, bah, era una pendeja estúpida. Y

teníamos que hacerlo de día, por la hermana en cuestión y porque la Polaca tenía mucha familia, todos se acostaban temprano, y lo de la copa no le gustaba a ninguno porque eran recontracatólicos, de ir a misa y rezar el rosario. La única con onda de esa familia era la Polaca, y ella había conseguido una tabla ouija tremenda, que venía como oferta especial con unos suplementos sobre magia, brujería y hechos inexplicables que se llamaban El mundo de lo oculto, que se vendían en kioscos de revistas y se podían encuadernar. La ouija ya la habían regalado varias veces con los fascículos, pero siempre se agotaba antes de que cualquiera de nosotras pudiera juntar el dinero para comprarla. Hasta que la Polaca se tomó las cosas en serio, ahorró, y ahí estábamos con nuestra preciosa tabla, que tenía los números y las letras en gris, fondo rojo y unos dibujos muy satánicos y místicos todo alrededor del círculo central. Siempre nos juntábamos cinco: yo, Julita, la Pinocha (le decíamos así porque era de madera, la más bestia en la escuela, no porque tuviera nariz grande), la Polaca y Nadia. Las cinco fumábamos, así que a veces la copa parecía flotar en humo cuando jugábamos, y le dejábamos la habitación apestando a la Polaca y su hermana. Para colmo cuando empezamos con la copa era invierno, así que no podíamos abrir las ventanas porque nos cagábamos de frío.

Así, encerradas entre humo y con la copa totalmente enloquecida nos encontró Dalila, la madre de la Polaca, y nos sacó a patadas. Yo pude recuperar la tabla –y me la quedé desde entonces– y Julita evitó que se partiera la copa, lo cual hubiera sido un desastre para la pobre Polaca y su familia, porque el muerto con el que estábamos hablando justo en ese momento parecía malísimo, hasta había dicho que no era un muerto-espíritu, nos había dicho que era un ángel caído. Igual, a esa altura, ya sabíamos que los espíritus eran muy mentirosos y mañosos, y no nos asustaban más con trucos berretas, como que adivinaran cumpleaños o segundos nombres de abuelos. Las cinco nos juramos con sangre –pinchándonos el dedo con una aguja–que ninguna movía la copa, y yo confiaba en que era así. Yo no la movía, nunca la moví, y creo de verdad que mis amigas tampoco. Al principio, a la copa siempre le costaba arrancar, pero cuando tomaba envión parecía que había un imán que la unía a nuestros dedos, ni la teníamos que tocar, jamás la empujábamos, ni siquiera apoyábamos un poco el dedo; se deslizaba sobre los dibujos místicos y las letras tan rápido que a veces ni hacíamos tiempo de anotar las respuestas a las preguntas (una de nosotras, siempre, era la que tomaba nota) en el cuaderno especial que teníamos para eso.

Cuando nos descubrió la loca de la madre de la Polaca (que nos acusó de satánicas y putas, y habló con nuestros padres: fue un garronazo) tuvimos que parar un poco con el juego, porque se hacía difícil encontrar otro lugar donde seguir. En mi casa, imposible: mi mamá estaba enferma en esa época, y no quería a nadie en casa, apenas nos aguantaba a la abuela y a mí; directamente me mataba si traía compañeras de la escuela. En lo de Julita no daba porque el departamento donde vivía con sus abuelos y su hermanito tenía un solo ambiente, lo dividían con un ropero para que hubiera dos piezas, digamos, pero era ese espacio solo, sin intimidad para nada, después quedaban solamente la cocina y el baño, y un balconcito lleno de plantas de aloe vera y coronas de Cristo, imposible por donde se lo mirara. Lo de Nadia era imposible también porque quedaba en la villa: las otras cuatro no vivíamos en barrios muy copados, pero nuestros padres no nos iban a dejar ni en pedo pasar la noche en la villa, para ellos era demasiado. Nos podríamos haber escapado sin

decirles, pero la verdad es que también nos daba un poco de miedo ir. Nadia, además, no nos mentía: nos contaba que era muy brava la villa, y que ella se quería rajarse antes que pudiera, porque estaba harta de escuchar los tiros a la noche y los gritos de los guachos repasados, y de que la gente tuviera miedo de visitarla.

Quedaba nomás lo de la Pinocha. El único problema con su casa era que quedaba muy lejos, había que tomar dos colectivos, y convencer a nuestros viejos de que nos dejaran ir hasta allá, a la loma del orto. Pero lo logramos. Los padres de la Pinocha no daban bola, así que en su casa no corríamos el riesgo de que nos sacaran a patadas hablando de Dios. Y la Pinocha tenía su propia habitación, porque sus hermanos ya se habían ido de la casa.

Por fin una noche de verano las cuatro conseguimos el permiso y nos fuimos hasta lo de la Pinocha. Era lejos de verdad, la calle donde quedaba su casa no estaba asfaltada y había zanja al lado de la vereda. Tardamos como dos horas en llegar. Pero cuando llegamos, en seguida nos dimos cuenta de que era la mejor idea del mundo haberse mandado hasta allá.

La pieza de la Pinocha era muy grande, había una cama matrimonial y cuquetas: nos podíamos acomodar las cinco para dormir sin problema. Era una casa fea porque todavía estaba en construcción, con el revoque sin pintar, las bombitas colgando de los feos cables negros, sin lámparas, el piso de cemento nomás, sin azulejos ni madera ni nada. Pero era muy grande, tenía terraza y fondo con parrilla, y era mucho mejor que cualquiera de nuestras casas. Vivir tan lejos no estaba bueno, pero si era para tener una casa así, aunque estuviera incompleta, valía la pena. Allá afuera, lejos de la ciudad, el cielo de la noche se veía azul marino, había luciérnagas y el olor era diferente, una mezcla de pasto quemado y río. La casa de la Pinocha tenía todo rejas alrededor, eso sí, y también la cuidaba un perro negro grandote, creo que un rottweiler, con el que no se podía jugar porque era bravo. Vivir lejos parecía un poco peligroso, pero la Pinocha nunca se quejaba. A lo mejor porque el lugar era tan diferente, porque esa noche nos sentíamos distintas en la casa de la Pinocha, con los padres que escuchaban a Los Redondos y tomaban cerveza, mientras el perro le ladraba a las sombras, a lo mejor por eso Julita blanqueó y se animó a decirnos con qué muertos quería hablar ella. Julita quería hablar con su mamá y su papá.

Estuvo buenísimo que Julita finalmente abriera la boca sobre sus viejos, porque nosotras no nos animábamos a preguntarle. En la escuela se hablaba mucho del tema, pero nadie se lo había dicho nunca en la cara, y nosotras saltábamos para defenderla si alguien decía una pelotudez. La cuestión era que todos sabían que los viejos de Julita no se habían muerto en un accidente: los viejos de Julita habían desaparecido.

Estaban desaparecidos. Eran desaparecidos. Nosotras no sabíamos bien cómo se decía. Julita decía que se los habían llevado, porque así hablaban sus abuelos. Se los habían llevado y por suerte habían dejado a los chicos en la pieza (no se habían fijado en la pieza, capaz: igual, Julita y su hermano no se acordaban de nada, ni de esa noche ni de sus padres tampoco). Julita los quería encontrar con la tabla, o preguntarle a algún otro espíritu si los había visto. Además de tener ganas de hablar

con ellos, quería saber dónde estaban los cuerpos. Porque eso tenía locos a sus abuelos, su abuela lloraba todos los días por no tener dónde llevar una flor.

Pero además Julita era muy tremenda: decía que si encontrábamos los cuerpos, si nos daban la data y era posta, teníamos que ir a la tele o a los diarios, y nos hacíamos más que famosas, nos iba a querer todo el mundo. A mí por lo menos me pareció refuerte esa parte de sangre fría de Julita, pero pensé que estaba bien, cosa de ella. Lo que sí, nos dijo, teníamos que empezar a pensar en otros desaparecidos conocidos, para que nos ayudaran. En un libro sobre el método de la tabla habíamos leído que ayudaba concentrarse en un muerto conocido, recordar su olor, su ropa, sus gestos, el color de su pelo, hacer una imagen mental, entonces era más fácil que el muerto de verdad viniera. Porque a veces venían muchos espíritus falsos que mentían y te quemaban la cabeza.

Era difícil distinguir. La Polaca dijo que el novio de su tía estaba desaparecido, se lo habían llevado durante el Mundial. Todas nos sorprendimos porque la familia de la Polaca era recareta. Ella nos aclaró que casi nunca hablaban del tema, pero a ella se lo había contado la tía, medio borracha, después de un asado en su casa, cuando los hombres hablaban con nostalgia de Kempes y el Campeonato del Mundo, y ella se sulfuró, se tomó un trago de vino tinto y le contó a la Polaca sobre su novio y lo asustada que había estado ella. Nadia aportó a un amigo de su papá, que cuando ella era chica venía a comer seguido los domingos y un día no había venido más.

Ella no había registrado mucho la falta de ese amigo, sobre todo porque él solía ir mucho a la cancha con su viejo, y a ella no la llevaban a los partidos. Sus hermanos registraron más que ya no venía, le preguntaron al viejo, y al viejo no le dio para mentirles, para decirles que se habían peleado o algo así. Les dijo a los chicos que se lo habían llevado, lo mismo que decían los abuelos de Julita. Después, los hermanos le contaron a Nadia. En ese momento, ni los chicos ni Nadia tenían idea de adónde se lo habían llevado, o de si llevarse a alguien era común, si era bueno o era malo. Pero ahora ya todas sabíamos de esas cosas, después de la película La noche de los lápices (que nos hacía llorar a los gritos, la alquilábamos como una vez por mes) y el Nunca más –que la Pinocha había traído a la escuela, porque en su casa se lo dejaban leer– y lo que contaban las revistas y la televisión.

Yo aporté a mi vecino del fondo, un vecino que había estado ahí poco tiempo. Menos de un año, que salía poco a la calle pero nosotros lo podíamos ver paseando por el fondo (la casa tenía un parquecito atrás). No me lo acordaba mucho, era como un sueño, tampoco se la pasaba en el patio: pero una noche lo vinieron a buscar y mi vieja se lo contaba a todo el mundo, decía que por poco, por culpa de ese hijo de puta, casi nos llevan también a nosotras. A lo mejor porque ella lo repetía tanto a mí se me quedó grabado el vecino, y no me quedé tranquila hasta que otra familia se mudó a esa casa, y me di cuenta de que él no iba a volver más.

La Pinocha no tenía a ninguno que aportar, pero llegamos a la conclusión de que con todos los muertos desaparecidos que ya teníamos era suficiente. Esa noche jugamos hasta las cuatro de la mañana, a esa hora ya empezamos a bostezar y a tener la garganta rasposa de tanto fumar, y lo más fantástico fue que los padres de la Pinocha ni vinieron a tocar la puerta para mandarnos a la cama. Me parece, no estoy segura

porque la ouija consumía mi atención, que estuvieron mirando tele o escuchando música hasta la madrugada, también.

Después de esa primera noche, conseguimos permiso para ir a lo de la Pinocha dos veces más, en el mismo mes. Era increíble, pero los padres o responsables de todas habían hablado por teléfono con los viejos de la Pinocha, y por algún motivo la charla los dejó recontra tranquilos.

El problema era otro: nos costaba hablar con los muertos que queríamos. Daban muchas vueltas, les costaba decidirse por el sí o por el no, y siempre llegaban al mismo lugar: nos contaban dónde habían estado secuestrados, y ahí se quedaban, no nos podían decir si los habían matado ahí, o si los llevaron a algún otro lugar, nada. Daban vueltas después y se iban.

Era frustrante. Creo que hablamos con mi vecino, pero después de escribir POZO DE ARANA, se fue. Era él, seguro: nos dijo su nombre, lo buscamos en el Nunca más y ahí estaba, en la lista. Nos cagamos en las patas: era el primer muerto posta posta con el que hablábamos. Pero de los padres de Julita, nada.

Fue la cuarta noche en lo de la Pinocha cuando pasó lo que pasó. Habíamos logrado comunicarnos con uno que conocía al novio de la tía de la Polaca, habían estudiado juntos, decía. El muerto con el que hablamos se llamaba Andrés, y nos dijo que no se lo habían llevado ni había desaparecido: él mismo se había escapado a México, y ahí se murió después, en un accidente de coche, nada que ver. Bueno, este Andrés tenía rebuena onda, y le preguntamos por qué todos los muertos se iban cuando les preguntamos adónde estaban sus cuerpos. Nos dijo que algunos se iban porque no sabían dónde estaban, entonces se ponían nerviosos, incómodos. Pero otros no contestaban porque alguien les molestaba. Una de nosotras. Quisimos saber por qué, y nos dijo que no sabía el motivo, pero que era así, una de nosotras estaba de más. Después, el espíritu se fue. Nos quedamos pensando un toque en eso, pero decidimos no darle importancia. Al principio, en nuestros primeros juegos con la tabla, siempre le preguntábamos al espíritu que venía si alguien molestaba. Pero después dejamos de hacerlo porque a los espíritus les encantaba molestar con eso, y jugaban con nosotras, primero decían Nadia, después decían no, con Nadia está todo bien, la que molesta es Julita, y así nos podían tener toda la noche poniendo y sacando el dedo de la copa, y o hasta yéndonos de la habitación, porque los guachos no tenían límites en sus pedidos.

Lo de Andrés nos impresionó tanto, igual, que decidimos repasar la conversación anotada en el cuaderno, mientras destapábamos una cerveza. Entonces tocaron a la puerta de la pieza. Nos sobresaltamos un poco, porque los padres de la Pinocha nunca molestaban.

—¿Quién es? —dijo la Pinocha, y la voz le salió un poco tembleque. Todas teníamos un poco de cagazo, la verdad.

—Leo, ¿puedo pasar?

—¡Dale, boludo! —la Pinocha se levantó de un salto y abrió la puerta. Leo era su hermano mayor, que vivía en el centro y visitaba a los viejos nomás los fines de

semana, porque trabajaba todos los días. Y tampoco venía todos los fines de semana, porque a veces estaba demasiado cansado. Nosotras lo conocíamos porque antes, cuando éramos más chicas, en primero y segundo año, a veces él iba a buscar a la Pinocha a la escuela, cuando los viejos no podían. Después empezamos a usar el colectivo, ya estábamos grandes. Una lástima, porque dejamos de ver a Leo, que estaba fuertísimo, un morocho de ojos verdes con cara de asesino, para morir.

Esa noche, en la casa de la Pinocha, estaba tan lindo como siempre. Todas suspiramos un poco y tratamos de esconder la tabla, nomás para que él no pensara que éramos raras. Pero no le importó.

–¿Jugando a la copa? Es jodido eso, a mí me da miedo, revalientes las pendejas– dijo. Y después, la miró a su hermana: –Pendeja, ¿me ayudás a bajar de la camioneta unas cosas que les traje a los viejos? Mamá ya se fue a acostar y el viejo está con dolor de espalda...

–Qué ganas de joder que tenés, ¡es retarde!

–Y bueno, me pude venir recién a esta hora, qué querés, seme hizo tarde. Copate, que si dejo las cosas en la camioneta me las pueden afanar. La Pinocha dijo bueno con mala onda, y nos pidió que esperemos. Nos quedamos sentadas en el suelo alrededor de la tabla, hablando en voz baja de lo lindo que era Leo, que ya debía tener como veintitrés años, era mucho más grande que nosotras. La Pinocha tardaba, nos extrañó. A la media hora, Julita propuso ir a ver qué pasaba.

Y entonces todo pasó muy rápido, casi al mismo tiempo. La copa se movió sola. Nunca habíamos visto una cosa así. Sola solita, ninguna de nosotras tenía el dedo encima, ni cerca. Se movió y escribió muy rápido, «ya está». ¿Ya está? ¿Qué cosa ya está? Enseguida, un grito desde la calle, desde la puerta: la voz de la Pinocha. Salimos corriendo a ver qué pasaba, y la vimos abrazada a la madre, llorando, las dos sentadas en el sillón al lado de la mesita del teléfono.

En ese momento no entendimos nada, pero después, cuando se tranquilizó un poco la cosa –un poco–, reconstruimos más o menos. La Pinocha había seguido a su hermano hasta la vuelta de la casa. Ella no entendía por qué había dejado la camioneta ahí, si había lugar por todos lados, pero él no le contestó. Se había puesto distinto cuando salieron de la casa, se había puesto mala onda, no le hablaba. Cuando llegaron a la esquina, él le dijo que esperara y, según la Pinocha, desapareció. Estaba oscuro, así que podía ser que hubiera caminado unos pasos y ya se perdiera de vista, pero según ella había desaparecido. Esperó un rato a ver si volvía, pero como tampoco estaba la camioneta, le dio miedo. Volvió a la casa, y encontró a los viejos despiertos, en la cama. Les contó que había venido Leo, que estaba súper raro, que le había pedido bajar algunas cosas de la camioneta. Los viejos la miraron como si estuviera loca. «Leo no vino, nena, ¿de qué estás hablando? Mañana trabaja temprano». La Pinocha empezó a temblar de miedo y decir «era Leo, era Leo», y entonces su papá se calentó, le gritó si estaba drogada o qué. La mamá, más tranquila, le dijo: «Hagamos una cosa: lo llamamos a Leo a la casa. Debe estar durmiendo ahí». Ella también dudaba un poco ahora, porque veía que la Pinocha estaba muy segura y muy alterada. Llamó, y después de un rato largo Leo la atendió,

puteando, porque estaba en el quinto sueño. La madre le dijo «después te explico» o algo así, y se puso a tranquilizar a la Pinocha, que tuvo tremendo ataque de nervios.

Hasta la ambulancia vino, porque la Pinocha no paraba de gritar que «esa cosa» la había tocado (el brazo sobre los hombros, como en un abrazo que a ella le dio más frío que calor), y que había venido porque ella era «la que molestaba». Julita me dijo, al oído, «es que a ella no le desapareció nadie». Le dije que se callara la boca, pobre Pinocha. Yo también tenía mucho miedo. Si no era Leo, ¿quién era? Porque esa persona que había venido a buscar a la Pinocha era tal cual su hermano, como un gemelo idéntico, ella no había dudado ni un segundo.

¿Quién era? Yo no quería acordarme de sus ojos. No quería volver a jugar a la copa ni volver a lo de la Pinocha. Nunca volvimos a juntarnos. La Pinocha quedó mal y los padres nos acusaban—pobres, tenían que acusar a alguien— y decían que le habíamos hecho una broma pesada, que la había dejado medio loca. Pero todas sabíamos que no era así, que la habían venido a buscar porque, como nos dijo el muerto Andrés, ella molestaba. Y así se terminó la época en que hablábamos con los muertos.

## El desentierro de la angelita

### *El cuento por su autor*

*“El desentierro de la angelita” viene de algunos pocos recuerdos obsesivos, esos recuerdos-murmullo que, de tanto pensarlos, dejan de parecerse a lo que realmente pasó. Mi abuela tuvo una hermana que murió antes de cumplir dos años y que fue enterrada en el fondo de su casa. Esa niña muerta en el patio me daba miedo. Si mi abuela contaba que la niña lloraba de noche, bajo la tierra, no lo sé, al menos no lo sé con certeza; recuerdo que lo contaba, pero dudo de que el recuerdo sea cierto. Esa niña nunca fue velada como angelita, eso es seguro.*

*A mí me gustaba cavar en el pequeño cuadrado de tierra del fondo de mi casa en Lanús: encontraba vidrios y dados y huesos, sobre todo muchos huesos de pollo –al menos eso me decían–. Es posible que haya desenterrado a una vieja mascota de la familia o los huesos de los animales de mi abuelo, que improvisaba zoológicos (llegó a tener un venado y un pavo real en la casa). De todos los hallazgos, el que más recuerdo es una piedra negra parecida a un escarabajo que tenía una cara tallada y conservé mucho tiempo. No sé cuándo la perdí.*

*Las excavaciones y la niña muerta se unieron para este cuento que escribí como si me lo dictaran. No me gusta leer prosa en voz alta –ni escuchar leer, para el caso–, pero cuando alguien me pide que lo haga y yo accedo por buena educación, suelo elegir este cuento, porque hace reír a la gente. Me dicen que tiene humor negro, pero yo creo que se ríen de nerviosos. También es el favorito de los adolescentes, por eso confío en él. Cuando lo escribí no me sentí ensañada, pero ahora me doy cuenta de que el relato guarda una sonrisa cruel. Es uno de los pocos cuentos de fantasmas que haya escrito, y Angelita es un fantasma bastante atípico, que se esconde muy poco – un fantasma gore–.*

*Supongo que “El desentierro de la angelita” es un cuento sobre los fantasmas familiares y los muertos sin tumba y los restos humanos sin nombre. Pero también es un homenaje a los niños fantasma que alguna vez me asustaron: Catherine Earnshaw y su mano helada en Cumbres borrascosas, Toshio con su boca abierta en la película Ju-On, los niños que se esconden bajo la capa del Fantasma de las Navidades Presentes de Dickens (Ignorancia y Necesidad creo que se llaman, “Ignorance” y “Want”), Tomás, el niño de la máscara que oculta un rostro deforme en El orfanato de J. A. Bayona y el terrible Gage de Cementerio de animales, de Stephen King, rey de los niños muertos.*

A mi abuela no le gustaba la lluvia y antes de que cayeran las primeras gotas, cuando el cielo se oscurecía, salía al patio del fondo con botellas y las enterraba hasta la mitad, todo el pico bajo tierra. Yo la seguía y le preguntaba abuela por qué no te gusta la lluvia por qué no te gusta. Pero ella, nada, evasiva, con la palita en la mano, frunciendo la nariz para oler la humedad en el aire. Si finalmente llovía, fuera garúa o

tormenta, cerraba puertas y ventanas y subía el volumen del televisor hasta tapar el ruido de las gotas y el viento –el techo de su casa era de chapa–, y si el aguacero coincidía con su serie favorita, Combate, no había quien pudiera sacarle una palabra porque estaba perdidamente enamorada de Vic Morrow.

Yo adoraba la lluvia porque ablandaba la tierra seca y permitía que se desatara mi manía excavatoria. ¡Qué de pozos! Usaba la misma pala que la abuela, una muy chica, del tamaño que usaría un niño para jugar en la playa, pero de metal y madera, no de plástico. La tierra del fondo albergaba pedacitos de botellas de vidrio color verde, con los bordes tan lisos que ya no cortaban; piedras suaves que parecían cantos rodados o pequeñas rocas de playa, ¿por qué estarían en el fondo de mi casa? Alguien debía haberlas sepultado. Una vez encontré una piedra ovalada, del tamaño y color de una cucaracha pero sin patas ni antenas. De un lado era lisa, del otro unas muescas formaban los claros rasgos de una cara sonriente. Se la mostré a mi papá, enloquecida porque creía encontrarme ante una reliquia, y me dijo que las marcas formaban un rostro de casualidad. Mi papá nunca se entusiasmaba. También encontré dados negros, con los puntos blancos ya casi invisibles. Encontré restos de vidrios esmerilados verde manzana y turquesa. Mi abuela se acordó de que habían sido parte de una puerta vieja. También jugaba con lombrices y las cortaba en pedacitos bien chiquitos. No me divertía ver el cuerpo dividido retorciéndose un poco para al final seguir adelante. Me parecía que si picaba bien a la lombriz, como a una cebolla, sin dejar contacto alguno entre los anillos, no iba a poder reconstruirse. Nunca me gustaron los bichos.

Encontré los huesos después de una tormenta que convirtió al cuadrado de tierra del fondo en una piscina de barro. Los guardé en el balde que usaba para llevar los tesoros hasta la pileta del patio, donde los lavaba. Se los mostré a papá. Dijo que eran huesos de pollo, o a lo mejor de bifés de lomo, o de alguna mascota muerta que debían haber enterrado hacía mucho. Perros o gatos. Insistía con lo de los pollos porque antes, en el fondo, cuando él era chico, mi abuela tenía un gallinero.

Parecía una explicación posible hasta que mi abuela se enteró de los huesitos y empezó a arrancarse los pelos y a gritar; la angelita la angelita. Pero el escándalo no duró mucho bajo la mirada de papá: él admitía las “supersticiones” (así las llamaba) de la abuela siempre y cuando no se desbordara. Ella le conocía el gesto de desaprobación y se tranquilizó a la fuerza. Me pidió los huesitos y se los di. Después me pidió que me fuera a la habitación a dormir. Yo me enojé un poco porque no entendía la causa de la penitencia.

Pero más tarde, esa misma noche, me llamó y me contó todo. Era la hermana número diez u once, mi abuela no estaba demasiado segura, en aquel entonces no se les prestaba tanta atención a los chicos. Se había muerto a los pocos meses de nacida, entre fiebres y diarrea. Como era angelita, la sentaron sobre una mesa adornada con flores, envuelta en un trapo rosa, apoyada en un almohadón. Le hicieron alitas de cartón para que subiera al cielo más rápido, y no le llenaron la boca de pétalos de flores rojas porque a la mamá, mi bisabuela, le impresionaba, le parecía sangre. Hubo baile y canto toda la noche, y hasta hubo que echar a un tío borracho y reanimar a mi bisabuela, que se desmayó por el llanto y el calor. Una rezadora india cantó trisagios, y lo único que les cobró fue unas empanadas.

–¿Eso fue acá, abuela?

–No, en Salavina, en Santiago. ¡Hacía un calor!

–Entonces no son los huesos de la nena, si se murió allá.

–Sí que son. Yo me los traje cuando vinimos para acá. No la quise dejar porque lloraba todas las noches, pobrecita. Si lloraba con nosotros cerquita, en la casa, ¡lo que iba a llorar sola, abandonada! Así que me la traje. Ya era huesitos nomás, la puse en una bolsa y la enterré acá en los fondos. Ni tu abuelo sabía. Ni tu bisabuela, nadie. Es que nomás yo la escuchaba llorar. Tu bisabuelo también, pero se hacía el tonto.

–¿Y acá llora la nena?

–Cuando llueve, nomás.

Después le pregunté a mi papá si la historia de la nena angelita era cierta, y él dijo que la abuela ya estaba muy grande y desvariaba. Muy convencido no parecía, o a lo mejor le resultaba incómoda la conversación. Después la abuela se murió, la casa se vendió, yo me fui a vivir sola sin marido ni hijos; mi papá se quedó con un departamento de Balvanera, y me olvidé de la angelita.

Hasta que apareció al lado de la cama, en mi departamento, diez años después, llorando, una noche de torm.

La angelita no parece un fantasma. Ni flota ni está pálida ni lleva vestido blanco. Está a medio pudrir y no habla. La primera vez que apareció creí que soñaba y traté de despertarme de la pesadilla; cuando no pude y empecé a entender que era real grité y lloré y me tapé con las sábanas, los ojos cerrados fuerte y las manos tapando los oídos para no escucharla –porque en ese momento no sabía que era muda–. Pero cuando salí de ahí abajo, unas cuantas horas después, la angelita seguía ahí con los restos de una manta vieja puesta sobre los hombros como un poncho. Señalaba con el dedo hacia afuera, hacia la ventana y la calle, y así me di cuenta de que era de día. Es raro ver un muerto de día. Le pregunté qué quería, pero como respuesta siguió señalando como en una película de terror.

Me levanté y salí corriendo hacia la cocina, a buscar los guantes que usaba para lavar los platos. La angelita me siguió. Apenas una primera muestra de su personalidad demandante. No me amedrentó. Con los guantes puestos la agarré del cogotito y apreté. No es muy coherente intentar ahorcar a un muerto, pero no se puede estar desesperado y ser razonable al mismo tiempo. No le provoqué ni una tos, nada más yo quedé con restos de carne en descomposición entre los dedos enguantados y a ella le quedó la tráquea a la vista.

Hasta ese momento no sabía que se trataba de Angelita, la hermana de mi abuela. Seguía cerrando los ojos bien fuerte a ver si ella desaparecía o yo me despertaba. Como no funcionaba le caminé alrededor y vi, en la espalda, colgando de los restos amarillentos de lo que ahora sé era la mortaja rosa, dos rudimentarias alitas de cartón con plumas de gallina pegoteadas. En tantos años tendrían que haber desaparecido, pensé y después me reí un poco histérica y me dije que tenía un bebé muerto en la cocina, que era mi tía abuela y que caminaba, aunque por el tamaño debía haber

vivido apenas unos tres meses. Tenía que dejar definitivamente de pensar en términos de qué era posible y qué no.

Le pregunté si era mi tía abuela Angelita —como no habían hecho tiempo de anotarla con un nombre legal, eran otros tiempos, la llamaron siempre por ese nombre genérico—; así descubrí que no hablaba pero contestaba moviendo la cabeza. Entonces mi abuela decía la verdad, pensé, no eran del gallinero, eran los huesitos de su hermana los que desenterré cuando era chica.

Lo que quería Angelita era un misterio, porque más que mover la cabeza afirmativa o negativamente no hacía. Pero algo quería con suma urgencia, porque no sólo seguía señalando, sino que no me dejaba en paz. Me seguía por toda la casa. Me esperaba atrás de la cortina del baño cuando tomaba una ducha; se sentaba en el bidet cuando yo hacía pis o caca; se paraba al lado de la heladera cuando lavaba los platos y se sentaba al lado de la silla cuando yo trabajaba con la computadora.

Seguí haciendo mi vida normal durante la primera semana. Creía que a lo mejor se trataba de un pico de estrés con alucinación, y que se iría. Me pedí unos días en el trabajo, tomé pastillas para dormir. La angelita seguía ahí, esperando al lado de la cama a que me despertara. Algunos amigos me visitaron. Al principio no quise atender los mensajes ni abrirles la puerta pero, para no preocuparlos más, accedí a verlos aduciendo agotamiento mental. Ellos comprendieron, estuviste trabajando como una negra, me decían. Ninguno vio a la angelita. La primera vez que me visitó mi amiga Marina metí a la angelita en el placard, pero para mi terror y disgusto, se escapó y se sentó en el brazo del sillón, con esa fea cara podrida verdegrís. Marina ni se dio cuenta.

Poco después saqué a la angelita a la calle. Nada. Salvo ese señor que la miró de pasada y después se dio vuelta y la volvió a mirar y se le descompuso la cara, le debe haber bajado la presión; o la señora que directamente salió corriendo y casi la atropella el 45 en la calle Chacabuco. Alguna gente tenía que verla, eso me lo imaginaba, seguramente no mucha. Para evitarles el mal momento, cuando salíamos juntas —mejor dicho, cuando ella me seguía y a mí no me quedaba otra que dejarme acompañar— lo hacía con una especie de mochila para cargarla (es feo verla caminar, es tan chiquita, es antinatural). También le compré una venda tipo máscara para la cara, de las que se usan para tapar cicatrices de quemaduras. La gente ahora cuando la ve siente asco, pero también conmoción y pena. Ven a un bebé muy enfermo o muy lastimado, ya no a un bebé muerto.

Si me viera mi papá, pensaba, él que siempre se quejó de que iba a morirse sin nietos (y se murió sin nietos, yo lo decepcioné en esa y muchas otras cosas). Le compré juguetes para que se entretuviera, muñecas y dados de plástico y chupetes para que mordiera, pero nada parecía gustarle demasiado, y seguía con el dichoso dedo apuntando para el Sur —de eso me di cuenta, era siempre para el Sur— mañana, tarde y noche. Yo le hablaba y le preguntaba, pero ella no se podía comunicar bien.

Hasta que una mañana se apareció con una foto de mi casa de la infancia, la casa donde yo había encontrado sus huesitos en el patio del fondo. La sacó de la caja donde guardo las fotografías: un asco, dejó todas las otras manchadas de su piel podrida que se desprendía, húmedas y pringosas. Ahora señalaba la casa con el

dedo, bien insistente. Querés ir ahí, le pregunté, y me dijo que sí. Le expliqué que la casa ya no era nuestra, que la habíamos vendido, y me dijo que sí otra vez.

La cargué en la mochila con su máscara puesta y nos tomamos el 15 hasta Avellaneda. Ella no mira por la ventana en los viajes, tampoco mira a la gente ni se entretiene con nada, le da a lo exterior la misma importancia que a los juguetes. La llevé sentada a upa para que estuviera cómoda, aunque no sé si es posible que esté incómoda o si eso significa algo para ella; ni siquiera sé qué siente. Solamente sé que no es mala, y que le tuve miedo al principio, pero hace rato que no.

Llegamos a la que fue mi casa a eso de las cuatro de la tarde. Como siempre en verano, había un olor pesado a Riachuelo y nafta sobre la avenida Mitre, mezclado con tufos de basura; en las esquinas, helados caídos de cucuruchos que dejaban el suelo pegoteado. Hay muchas heladerías sobre la avenida y mucha gente torpe. Cruzamos la plaza caminando, después pasamos por el Sanatorio Itoiz, donde se murió mi abuela, y finalmente rodeamos la cancha de Racing. Atrás estaba mi casa vieja, a dos cuadras de distancia del estadio. Pero ahora que estaba en la puerta, ¿qué hacer? ¿Pedirles a los dueños nuevos que me dejaran pasar? ¿Con qué pretexto? Ni lo había pensado. Claramente me estaba afectando la mente andar para todos lados con una niña muerta.

Angelita fue la que se encargó de la situación. No hacía falta entrar. Era posible asomarse al fondo por la medianera, eso era lo único que ella quería, ver el fondo. Espiamos las dos, ella en mis brazos –la medianera era más bien baja, debía estar mal hecha–. Ahí, donde solía estar el cuadrado de tierra, había una pileta de natación de plástico azul, empotrada en un hueco del suelo. Evidentemente habían levantado toda la tierra para hacer el hoyo, y con esa acción habían tirado los huesos de la angelita vaya a saber dónde, los habían revoleado, se habían perdido. Me dio lástima, pobrecita, y le dije que lo sentía mucho, que no podía solucionárselo; hasta le dije que lamentaba no haberlos desenterrado otra vez cuando la casa se vendió, para sepultarlos en algún lugar pacífico, o cerca de la familia si a ella le gustaba así. ¡Pero si tranquilamente podría haberlos puesto adentro de una caja o un florero, y llevarlos a casa! Estuve mal con ella y le pedí disculpas. Angelita dijo que sí. Entendí que las aceptaba. Le pregunté si ahora estaba tranquila y se iba a ir, si me iba a dejar sola. Me dijo que no. Bueno, contesté, y como la respuesta no me cayó muy bien, salí caminando rápido hasta la parada del 15 y la obligué a corretear atrás mío con sus pies descalzos que, de tan podridos, estaban dejando asomar los huesitos blancos.

## Gótico correntino

Papá tendría que estar acá, no yo, siempre lo estoy cuidando, pensó Gustavo mientras esperaba su equipaje que, como siempre, tardaba una eternidad en la cinta, la lenta cinta del aeropuerto de Corrientes capital. ¿Por qué había despachado su equipaje, si era apenas una valija de tamaño mediano que cabía perfectamente en la cabina? ¿Por qué lo había hecho si, y lo sabía sin duda alguna, su equipaje siempre llegaba último, él siempre se quedaba solo junto a la cinta, transpirando frío porque no se le ocurría contratiempo más maldito que perderlo? A lo mejor porque necesitaba de ese retraso para poder enfrentar a su familia correntina. Los había visto por última vez hacía relativamente poco, unos dos años. Pero aquella visita había sido por vacaciones, para verlos y divertirse con ellos.

Esta vez era distinto. Y no estaba bien enojarse con su padre, lo sabía. El pobre lo hubiera relevado de la responsabilidad sin pensarlo. Pero estaba en Estados Unidos, trabajando, como lo hacía todos los años durante cinco meses. No podía dejar el trabajo salvo por una urgencia extrema. Y esto estaba lejos de ser urgente. Era una locura, eso sí, pero no era una urgencia.

Recibió el llamado de su tía Lidia a las 8 de la mañana, un horario perfectamente normal para ella, que se levantaba al amanecer, y por completo molesto y estrafalario para Gustavo, que trabajaba de noche y a la hora de la llamada estaba recién dormido. La tía Lidia sabía que su sobrino trabajaba de noche. Pero la tía Lidia era una mujer desconsiderada y egoísta, por eso mismo el resto de la familia la había seleccionado para la sucia tarea de hacer esa llamada y dar la noticia morbosa y disparatada que Gustavo tuvo que escuchar como si la voz de la pariente litoraleña llegara desde una pesadilla.

Hola Gustavo querido, es tu tía Lidia. Acá todos bien. La Mechi sigue hablando sola pero está bien. Dejó de dar clase eso sí porque dice que todos los niños se le vuelven espectros. Las caras de los niños, sí. De espectros, como de aparecidos, les tiene miedo. Pero no anda mal, le dio Trapax el doctor, también va al huesero, está bien. Pero no te estoy llamando por eso, querido. Te llamo porque la tenemos que pasar a urna a tu mamita y hay un problema, tienen que venir parientes directos. Si, ya sé que somos los hermanos y es parentesco directo, pero es otro el problema, nosotros acá no podemos tomar una decisión solos. Sí, es que se venció en el cementerio de San Luis el nicho, ahora te pasan a urna después de treinta años. Lo que pasa el tiempo che, cómo pasa, es increíble. La tenés que venir a ver vos, pucha que lástima que no está tu papá. No Gustavito, te digo que no la podemos mandar nosotros nomás a la urna a tu mamita. Porque pasa algo que no te puedo decir así nomás por teléfono. No, no se puede, tenés que venir. No te hagas el loco, Gustavito, venite nomás y dejá de joder. Es una cosa seria, sí. De paso también nos visitás, pero puta canejo qué sobrino desamorado. No, no te puedo decir, son cosas que se dicen en la cara, cuando sepas ya me lo vas a agradecer. Y vos después se lo contarás a tu pobre padre, menos a él se le puede decir semejante cosa por teléfono, que está en el exterior encima.

Cuando Lidia dijo 'nosotros no podemos tomar una decisión solos' Gustavo se los imaginó a todos alrededor de la mesa del teléfono, lo más cerca del aire acondicionado posible (la casa de Lidia era un frigorífico, el frío era una exageración incluso para Corrientes, pero a su familia le gustaba), todos conteniendo la respiración, cómplices y cobardes porque habían elegido a Lidia, la más inescrupulosa, para hacer la llamada. Se imaginaba a Walter, siempre con su martillo en la mano o con clavos en la boca, arreglando constantemente los muebles de su casa, casi lo único que hacía desde su viudez. Se imaginaba a Julio, chofer orgulloso de jefes de policía torturadores tanto de Chaco como de Corrientes, un hombre jovial y encantador hasta que empezaba a defender a sus ex patrones. Y por último a la Mechi, que hablaba sola y seguramente seguía tomando su cervecita de cada noche antes de dormir a pesar del Trapax. Eran los cuatro hermanos de su madre muerta, los hermanos de Margarita, y vivían todos juntos en un terreno enorme, casi una manzana completa, donde, durante décadas, cada uno había construido su propia casa. Vivían con sus familias, salvo Lidia, que quería estar sola, no le gustaba convivir con nadie, ni siquiera con sus hijos, a los que echó ni bien terminaron el colegio secundario, una actitud que en Corrientes casi equivalía a ser una madre asesina. Gustavo recordaba que esa manzana con sus cuatro casas era como un pueblo, nada más que todos los habitantes eran parientes. Chicos y perros. Guacamayos y salamandras, arañas pollito y viudas negras, plantas de ruda, parras y los rezos de la Mechi cuando le atacaba el fervor por la Virgen de Itatí. Jugar a las cartas y a los dados, y sobre todo a la lotería, todas las noches, hasta muy tarde, por lo menos hasta la hora del refresque, que era aproximadamente a las tres de la mañana, tomando mate frío o amargo serrano. Chamamé hasta tarde también y a veces subir el colchón a la terraza porque allá arriba corría más la brisa que dejaba dormir. A Gustavo, cuando era chico, le encantaba subir a dormir a la terraza, sentir llegar el sueño mirando las estrellas, que eran más y más hermosas en Corrientes sobre un cielo de terciopelo azul.

Su papá había hecho bien en mantener el contacto y también había sido muy valiente. Un hombre más débil sencillamente se habría dedicado a criar su hijo y dejado atrás el lugar donde había muerto su mujer. Estaba profundamente enamorado, Gustavo lo sabía, y mantener el contacto debía haber resultado muy doloroso. Pero desde un primer momento su padre creyó que era lo mejor.

Gustavo tenía solamente un año cuando su madre había muerto ahogada en el Paraná. No se acordaba de ella en absoluto, no tenía en la memoria ni una sola impresión, nada, ni siquiera una vaga sensación a la que pudiera disfrazar de recuerdo. Pero sabía muchas cosas de su madre, de alguna manera sentía que la conocía, podía identificarla como una presencia casi palpable, gracias a que su padre había tomado la decisión de no borrarla de sus vidas. Lo había logrado con la ayuda de los parientes correntinos, esa familia cariñosa y extraña: los visitaban como mínimo cada dos años, hablaban por teléfono, hasta se escribían cartas. Su padre parecía satisfecho aunque triste cuando lo miraba jugar y reírse a los gritos en la laguna Totora, o matando palometas a cascotazos, o pisoteando los cascarudos que en pleno verano tapizaban la peatonal Junín como una ruidosa alfombra. Si, cuando era chico había pasado momentos fantásticos en Corrientes.

Claro que entonces, en los años felices, no sabía exactamente cómo había muerto su madre –ahogada en el río, eso sí se lo habían dicho, pero cómo había

llegado ahí, lo fundamental, eso no—y los parientes le parecían locos divertidos, locos lindos como se decía en Buenos Aires.

Ahora que Gustavo tenía más de treinta años, las cosas eran distintas. O a lo mejor él había cambiado demasiado, a lo mejor se había convertido en un miedoso, convencional, insoportable.

Contra la pared del fondo, sobre la cinta (lenta, traqueteante), reconoció al fin su valija. Se acercó a buscarla y respiró hondo antes de salir al encuentro de la tía Lidia, que lo esperaba en su Renault 12 color beige, apantallándose en el calor agobiante del mediodía correntino.

\*\*\*

Tía Lidia apenas habló en el trayecto del aeropuerto a la casa, y se la pasó fumando sus Le Mans largos. Gustavo decidió no preguntarle nada hasta llegar: sabía, porque conocía de memoria los mecanismos familiares, que habían tomado la decisión de darle la noticia todos juntos.

Y, en efecto, los otros tres hermanos, sus tíos, lo estaban esperando en la vereda, frente a la reja del garage central (todos entraban sus autos por ahí: adentro había una especie de estacionamiento techado que parecía el de una parrilla, tantos eran los autos y tantos los miembros de la familia). Lo abrazaron en fila, incluso Julio, con el que Gustavo había tenido una pelea a gritos en su última visita, una pelea en la que había decidido no dirigirle más la palabra a su tío, defensor de represores facho hijo de puta. Lo hicieron pasar a la casa de Lidia, probablemente porque ella comandaba el operativo de información. Gustavo se sentó a la mesa cubierta con un mantel de plástico de la amplia cocina de Lidia, y les dijo a sus cuatro tíos que ya estaba harto, que no entendía por qué había viajado así, soportando que lo mantuvieran en suspenso, qué carajo es todo este misterio, me lo dicen ya o me voy a la mierda y les juro que no me ven la jeta en la puta madre vida nunca más.

-Mirá cómo se pone el borrego, lo porteño que está ché. Mechi, traete algo fresco de tomar para el chico, pero pegale una enjuagada a los vasos que están inmundos –dijo Lidia y le ofreció a Gustavo un cigarrillo. –Yo te voy a contar, criatura. Resulta que me llaman del cementerio para pasar a tu mamá de nicho a urna.

-Eso ya me lo dijiste.

-Impaciente había sido el chico. No la interrumpas más a tu tía que bastantes dramas ya tiene. Mechi, se me parte la cabeza, andá pedile al Hugo que te fíe una tira de Migral, yo después le pago. Les digo a los empleados del cementerio que la pasen nomás. Bueno doña, me contestan, la pasamos entonces. A las dos horas me llaman de vuelta y me dicen, doña, tiene que venir, le abrimos el cajón para pasar los huesos a urna, y su hermana está intacta. Eso me dicen. Yo les pego cuatro gritos, intacta qué, les chillo, mi hermana murió hace 30 años, qué dicen, degenerados. Porque los empleados de cementerios son muy degenerados. Pero estos no son, pobres cristos. Me fui para allá, agarré el coche y me fui. Y ahí estaba tu madre, Gustavito, ahí está mejor dicho, intacta.

-¿Cómo que intacta?

Gustavo no podía ni gritar ni enojarse. No creía entender lo que su tía le estaba diciendo.

-Intacta, entendeme papito. No se pudrió nunca tu mami. Está igual que cuando la enterramos. Mejor que cuando la enterramos, la verdad, porque se deshinchó. Un poco consumidita está la pobre, y como muy morochita, sequita nomás. Pero no se descompuso. El cuerpo está intacto.

Sus dos tíos —la Mechi no había vuelto—asintieron, con cara de apesadumbrados. Gustavo dedujo que también la habían visto.

-¿Cuándo pasó esto?

-Hace una semana. Esperamos para ver si se pudría...

-Tía, basta.

-No te me hagás el impresionado que será tu madre pero no la conociste. Yo sí que la conocí, era mi hermana, y ni te podés imaginar lo que fue verla ahí, como si estuviera viva, che, después de treinta años. Ya me había olvidado de su cara y todo.

La discusión fue larga, y Gustavo se encontró tomando mate frío, tratando a sus tíos de locos, agarrándose la cabeza. ¿Un cadáver incorrupto? Podía haber tantas razones. Una especie de 'envasado al vacío' del nicho. Algún proceso químico. ¿Nadie le había inyectado formol o iniciado algún proceso de momificación con el cuerpo de su madre? Los tíos decían que no. Se fue juntando más gente. Los hijos de Julio, muy cariacontecidos, uno de ellos, el más joven, algo asustado. La prima Amanda, hija de Walter, entró cargando a su hija menor en brazos. Ella también había visto a la muerta. Y tiró una bomba sobre la mesa de la cocina: en San Luis ya había gente enterada del milagro (¡No es un milagro!, gritó Gustavo en su cabeza pero siguió escuchando) y le estaban yendo a rezar a Margarita. Decían que olía a jazmines. El olor de la santidad.

-¡Por el amor de Dios! —ahora Gustavo podía hablar de vuelta. —¡Hay que cremarla y listo!

-Es lo que yo digo —compartió Lidia. —No estamos como para tener una santa en la familia, la verdad.

-Pero, ¿y si Margarita es santa? —preguntó tímidamente el tío Walter, sin sacar la mirada de su martillo.

Gustavo resopló, se levantó y dijo que salía un rato, que necesitaba un poco de aire. Santa, su madre. "Andá a visitarlo al Claudio, si querés", le dijo la tía Lidia. "Está limpiando la pileta".

Gustavo sonrió involuntariamente. Claro que no había participado de esa reunión ridícula. Su primo Claudio era la única persona racional de la familia.

\*\*\*

Dichosos los ojos, chamigo, le dijo Claudio antes de abrazarlo fuerte y largo, al borde de la pileta celeste, cuadrada, en el fondo de la casa que todavía, casi a los treinta años, compartía con su madre, la Mechi. Gustavo se relajó por fin cuando vio a su amigo. Era su primo, pero sobre todo era su amigo, y el único en el que podía confiar. Claudio era el que le había dicho la verdad sobre su madre, en un verano de vacaciones, cuando los dos estaban tratando de meterle un cigarrillo en la boca a un escuerzo para ver si era cierto que chupaban hasta reventar. Le habían robado el atado de 43/70 al tío Julio, y ya llevaban más de diez cigarrillos desperdiciados cuando se pusieron a hablar de los remolinos del Paraná: la conversación empezó porque dos chicos se habían ahogado, chicos de la edad de Claudio y Gustavo –unos 15 años–, y el diario decía que era culpa de los remansos, que la gente no le tenía respeto a los remolinos.

-Tu mamá se murió por culpa de un remolino. Si no, se hubiera desatado fácil.

Gustavo todavía recordaba con gran claridad la frase “se hubiera desatado fácil”. Le preguntó a Claudio que quería decir con eso, desatado de qué. Claudio le dijo, “cómo, ¿nunca te contaron?” ¿Qué cosa no le habían contado? Claudio se lo relató con toda calma, pero con cuidado, porque sabía el efecto horrible, de desconfianza y vacío, que provocaba la revelación de secretos familiares. Él ya se había enterado de unos cuantos. Había muchos en la familia.

Era costumbre y juego entre los jóvenes correntinos tirarse al Paraná atados, de a dos, de a pares, y desatarse bajo el agua. Apostaban plata a ver cuál de las parejas se desataba primero, y los ganadores se quedaban con una buena cantidad. Su mamá lo había hecho, por joder: siempre era por joder que se hacía, no tanto por la plata. Era para divertirse. Esa mañana se habían juntado unas 10 parejas en un muelle cerca del puente General Belgrano, que recién se había inaugurado. Su mamá se tiró primera, atada a su hermana Mechi, y salió última. O mejor, no salió nunca: la sacaron. Mechi y ella habían quedado atrapadas en un remolino. Lucharon contra el agua unos minutos, la gente que estaba afuera decía que más de cinco, pero seguramente era una exageración. Mechi había salido, medio desmayada, y hubo que llevarla al hospital. Julio y Walter se tiraron al agua para sacar a la hermana ya muerta. Gustavo, bebé, estaba en el muelle, en brazos de su padre.

-Por eso mi mamá está loca –le había explicado entonces Claudio, con toda naturalidad. –Porque cree que la mató a tu mamá, que no pudo salvarla, es lo mismo, se echa la culpa.

Después debatieron mucho rato acerca de por qué se tiraron atadas al río sabiendo que era tan peligroso, y sobre todo por qué lo habían hecho siendo madres de hijos chiquitos. Claudio le contó que cuando a su mamá le agarraban los ‘ataques’, cuando se acordaba y revivía todo, siempre decía ‘nunca pensamos que nos iba a cachar el remolino’. Estaban en la joda loca. Ni pensaban en morir. Pensaban en la apuesta, y la plata, y los tragos a la noche en el Club Regatas. Qué taradas, concluyeron en aquel momento. Y Gustavo se asombró de no sentir ningún resentimiento contra Claudio porque él todavía tuviera madre. Mechi no era una madre que alguien pudiera desear, eso por un lado. Y si Mechi era culpable, que tampoco lo sentía, pero si lo fuera, Gustavo de todos modos no creía que tuviera que enojarse con

su primo por eso. Sencillamente no le salía el egoísmo cuando pensaba en Claudio. Era su mejor amigo en Corrientes, y el único que le había dicho la verdad.

Gustavo nunca se había animado a confrontar a su padre con la verdad acerca de la competencia de parejas atadas en el Paraná. Nunca le gritó por qué dejaste que ella se tirara cuando yo era tan chico. Por qué no la paraste. Y nunca lo hizo porque sabía que su padre se preguntaba eso mismo todos los días, dentro de su cabeza.

-Hay que joderse hermano, estas viejas locas no nos van a dejar vivir nunca – dijo Claudio, y apoyó sobre el tronco de un árbol la red que estaba usando para limpiar la pileta de hojas y bichos. Con un gesto lo invitó a sentarse. Gustavo se sacó las zapatillas, se arremangó los jeans y metió los pies en el agua. Claudio se sentó a su lado, también con los pies en el agua, y encendió un cigarrillo.

-Lo único que nos faltaba, una Lourdes –suspiró.

Gustavo se rió un poco, con una mueca, y se sorprendió porque, en realidad, tenía ganas de llorar. Claudio siguió.

-¿Qué vas a hacer, hermano?

-Creerla igual. No. No sé. Esperar unos días a ver si se desintegra o se descompone sola... No sé de qué carajo estoy hablando, la verdad. Tendría qué... no sé, no puedo pensar bien.

-¿La querés ver?

-No. Creo que no. ¿Me llamaron también por eso, no?

-Y sí. Para ver si la querías conocer.

-Son unos morbosos de mierda.

-Che, callate que yo la fui a ver. No me mirés así, hermano, qué querés, la fui a llevar a la mamá. Ella la quería ver, no había forma de pararla.

-¿Y?

-Y nada, se desmayó, le agarró el ataque, lo de siempre. ¿Le vas a contar a tu papá?

-Ni en pedo.

-¿Y si te acusan de quemar a una santa?

-No me rompas las pelotas, Claudio, que se vayan a la mierda, están todos locos. ¿Es verdad que ya le rezan?

-Qué se yo. Eso dice la Amanda, pero la Amanda...

-Ya sé –dijo Gustavo, y resopló. Para qué vine, para qué mierda vine, por qué no les dije que se arreglaran solos, se preguntó, y en seguida tuvo la respuesta: porque no quería que su padre se involucrara. Para cuidarlo, una vez más. Por eso.

Viene mal esta familia con lo sobrenatural últimamente, le dijo Claudio, para compartir sus propias desgracias. La Amanda había estado viendo muertos como dos años seguidos. La peor parte había sido que la veía por todas partes a su madre, la esposa del tío Walter. Por todas partes. Y avisaba: 'Ojo Claudio, no entres a la pieza que está mi mamá'. Lo más tranquila lo decía. El tío Walter se agarraba unos pedos épicos cada vez que la escuchaba. Pero una mañana decidió llevar a su hija a un psiquiatra, que la internó. Al mes Amanda salió de la clínica, y seguía viendo a su madre. Entonces fueron a buscar a una bruja. La bruja les explicó que el espíritu de la madre de Amanda estaba atrapado en este mundo, que no podía transitar, que había que ayudarlo. Le habían quedado cosas por hacer y decir, y la hija se aferraba a ella, entonces no podía viajar. Algo por el estilo. La solución había sido juntar ataditos de flores blancas, diez por cada década vivida de la muerta (seis atados en total) y tirarlos al Paraná: tenían que irse con la corriente, y así se liberaba el alma. Hubo que hacer otros ritos, pero no tienen comparación, le dijo Claudio: vos vieras a toda la familia sobre el puente Chaco-Corrientes, una obra faraónica, tirando los ramos de flores al río. Como veinte personas allá arriba. Un ramo se quedó atrapado en un remolino. Ya sé, ¡y dale con los remolinos!, pero bueno, así pasó, y a los gritos, desde arriba del puente, la Lidia le pidió a un canoero que lo sacara, que lo pusiera en la corriente. El canoero entendió aunque no creo que la haya escuchado; mucha gente anda con eso de las flores blancas para liberar las almas, últimamente, así que los pobres tipos saben qué hacer. Cuando terminamos de tirar todo, me lo llevé a Walter a Barranquera y nos agarramos un pedo tísico.

-¿Amanda sigue viendo muertos?

-No sé. A la madre no la ve más seguro, y con eso ya nos quedamos tranquilos, imaginate lo mal que la pasaba el pobre Walter, estaba cagado en las patas el pobre.

Se hacía de noche, pero el calor no aflojaba. Desde la pileta, Gustavo podía escuchar que el debate seguía, pero ya no en lo de Lidia, que seguramente los había echado a todos, harta de tanta gente en su casa. Seguía en lo de Mechi: se veían las sombras de los tres hermanos detrás de la cortina del living.

-Te lo tengo que decir, hermano. Porque ellos no te lo van a decir nunca. Pasa esto: mi mamá cree que es una señal. Mi mamá no la quiere cremar, Gustavo. Ése es el problema. En julio se fue a Itatí y dice que la Virgen le dijo que iba a pasar algo. Y cree que es esto.

Gustavo miró a su primo en la oscuridad. Vio cómo se pasaba la mano por la cara, cómo envejecía de golpe.

-Mi mamá cree que recuperó a su hermana, que así la Virgen le perdona el crimen. Anoche me pidió que te convenciera.

-¿De qué?

-De conservar el cuerpo y armar un panteón para que se haga el culto.

-Me estás jodiendo.

-¿Cómo te voy a estar jodiendo, pedazo de pelotudo?

-Claudio, vos te imaginarás...

-Pero más vale. Más vale. No te pienso intentar convencer de nada, hermano. De nada.

Un pájaro negro llegó volando desde el techo de la casa, besó el agua de la pileta y siguió viaje. Gustavo, que conocía bien los pájaros correntinos, no pudo reconocerlo, no supo decir de qué especie era. Tenía unas alas demasiado grandes y finas que no había visto antes. Cuando volvió para tomar un segundo trago, se dio cuenta: no era un pájaro, era un murciélago. Y durante los diez minutos que se quedó callado, pensando, vio que muchos más bajaban a beber de la pileta del fondo de la casa de su tía Mechi.

-Lo que sí, te voy a proponer algo –dijo Claudio.

-Decime.

-Que aguantes un par de días a ver si se pudre sola finalmente, con el aire, con el calor. Así mi vieja se quedaría tranquila. Un par de días nomás. Todos los días en esta casa llaman al cementerio a ver cómo sigue la cosa, así que...

-Bueno. Listo, dos días entonces. Me quedo el fin de semana. Si el lunes no pasa nada, se la crema.

Gustavo no quiso decir nada más, y su primo lo entendió y también se quedó callado. En la casa de Mechi se encendieron la luz y la televisión, simultáneamente. De la casa de Julio llegaba un chamamé remoto. La noche correntina. Gustavo sacó los pies del agua, y se sentó en una reposera cerca de la pileta, a mirar el cielo estrellado. Y ahí se quedó cuando Claudio entró a la casa para ayudar a preparar la cena, esperando, esperando a que se pudriera su madre.